

CLAUDE FELL. *José Vasconcelos: Los años del águila*. México: UNAM, 1990.

La impresión a la que he llegado después de mucho tiempo de leer, amar y aborrecer a Vasconcelos es la de que no fue un moderno, por la sencilla razón de que *jamás dudó ni de sí mismo, ni de lo que hizo ni de lo que pensó*. Si los pensadores modernos profesan y padecen la metodología de la duda, si un moderno es un hombre cuyas dudas no buscan resolverse en su pensamiento, sino, acaso, extremarse, Vasconcelos prefirió extremar sus convicciones a costa de suprimir sus dudas. Esto es algo que suele abrumarme cuando repaso la actuación pública de Vasconcelos y que, a la vez, suele sorprenderme cuando visito, con mayor afiebramiento, su espléndida literatura íntima.

Vasconcelos lo fue todo: hizo la historia y la escribió a la vez; fue un ideólogo, pero también un mistagogo que retorizó vehementemente la zona privilegiada de unos *misterios* cuya naturaleza siempre nos escamoteó, ocultándola detrás de ese raro término que venía a sus labios y a su pluma con velocidad sospechosa: *el ideal*; generó lo que él llamó sus "grandes construcciones" con la misma fuerza con la que se obstinaba en su incuestionabilidad; anheló resolver su vida en los libros y, a la vez, los despreció en nombre de la acción; intelectual revolucionario inscrito en el poder, decidió que era el redentor de la conciencia nacional y que su acción era una mística; antes de la campaña presidencial de 1929 fue un oficial de la inteligencia sin ejército; durante la campaña fue un moderno mesías civilista y democrático; después del fraude electoral, un revoltoso profesional; en su vejez, un incondicional de causas espeluznantes: ningún intelectual mexicano se ha hallado, como él, tan habilitado para instrumentar la utopía y tan sobrecogido por una realidad odiosa y fascinante. Y ya, por sistema, sin embargo, cuando nos hallamos abrumados por esta vehemencia y agotados por su hiperactividad, tenemos que desembocar en el gran lugar común vasconcelista: lo único que prevalece sobre sus ambigüedades, sus contradicciones y su confusión, lo que las disuelve en el increíble vigor de una permanencia casi mítica en el horizonte cultural y político de México es —desde tiempos de Antonio Castro Leal— *la intensa emoción que coagula la sangre de unas ambivalencias que son las de México*. ¿Emoción, sangre? Esta curiosa terminología para un filósofo gobierna el intersticio en el que reconocemos que Vasconcelos no supo qué hacer con nosotros, y nosotros aún no sabemos qué hacer con él.

El nombre de Vasconcelos guarda la enredada trama de un destino personal, pero también un momento candente de la conciencia moderna de

México, así como —y es esto lo que lo hace tan incómodo como necesario— un recordatorio vivo de la urgencia y los riesgos inherentes a la vocación intelectual. Por primera vez en México, la cultura estuvo en manos de alguien que sabía hacerla, decimos, refiriéndonos a Vasconcelos. Su nombre puede convocar tantas impresiones, ideas, lugares comunes, imágenes, demagogias, como lectores ha tenido. Monumental, su obra es una vasta construcción, sí, pero una vasta construcción en la que no estaría de más reconocer, aquí y allá, curiosos recovecos, espacios sombreados, inesperados rincones, que es donde, subrepticamente, algunos lectores hoy prefieren situarse.

El esperado trabajo con el que Claude Fell obtuvo su doctorado de estado en Francia, se centra en el momento en el que Vasconcelos más confundió su propia vida con la vida nacional: sus años al frente de la Secretaría de Educación Pública (SEP). Su vida, legendaria y dramática, hecha como todas de grandeza y de vileza, es imagen de su obra con una paridad difícilmente repetible en nuestro panteón. Es el militante de las grandes causas que se exige, antes, militar en la propia pasión que esas causas suscitan. No es azaroso que su explicación de la historia del México revolucionario haya sido escrita como una autobiografía apasionada, ejercicio narrativo a la vez de fe y de expiación. Como dice Christopher Domínguez, "la revolución fue para él el escenario trágico donde una personalidad (la suya) tendrá la oportunidad de vivirlo todo" (Domínguez 41). Él fue su propia patria, pero de la otra exigió una fidelidad que, cuando se evidenció imposible, le valió denuncias lanzadas con el mismo tonante rigor. Pocas veces un hombre creyó encarnar en tal medida una cultura, una manera de ser y de pensar y de sentir nacionales. Y pocas veces alguien ha pagado, con la sorpresa de su singularidad, la conciencia de que no era cierto. En su propia emotividad advirtió la de su raza; en su propia turbulencia mental y en la industrialización de su rebeldía, una extraña articulación de la filosofía como dinamismo; en su práctica de la pasión, una moral excesiva para sí mismo y para el país que imaginó como su caja de resonancia.

Vasconcelos ha servido a muchas causas: a la de la gran cruzada educativa (como condición previa a la modernidad) cuando fue Ministro de Educación; a la latinoamericanista como ideólogo; a la populista como político; al muralismo mexicano, al bolivarismo, a la causa civil frente a la inclemencia militarista, etcétera. Y en México su nombre sigue asociándose a la esperanza democratizadora de algunos y a los fervores totalizantes de otros; en Latinoamérica, a las aspiraciones —por no decir las nostalgias— "panetnicistas" de la Confederación Española y al dilema *Bolívar versus Monroe*.

El libro de Claude Fell no pretende resolver estos entredichos, ni explicar al hombre que los practicó, pero contribuye necesariamente a afirmar su

pertinencia y, desde luego, aporta una cantidad de información y de nuevos elementos de juicio a los que cualquier superlativo haría escaso honor. *Los años del águila* resulta una empresa tan exacerbada, voluminosa y pertinente como el sujeto de su pesquisa. Se asume como un intento, que ya era necesario, de apuntalar la leyenda, de encontrarle la obra negra a la vasta construcción del proyecto educativo de Vasconcelos al frente de la SEP entre 1920 y 1924, de detectar las relaciones entre el pensamiento filosófico, principalmente el estético, de Vasconcelos (así como su retorcida mecánica pasional) y su acción política, ya convertido en un funcionario administrador de presupuestos que, cosa rara en México, no quiso operar en y desde la sombra.

El propósito de Fell tiene, pues, de entrada, esta singularidad: la de haberse preguntado cuál era la organicidad presumible entre la formación filosófica de Vasconcelos, desde sus años en el Ateneo de la Juventud, y su actuación política al frente de la SEP. Esto lo conduce a repasar lo que él llama "el tramo más radiante y soberbio de la trayectoria" vasconcelista, que se inicia en el momento en el que llega la hora de la acción, es decir, cuando Vasconcelos es nombrado rector de la Universidad de México, y que termina cuando abandona la titularidad de la SEP para, distanciado de Obregón, buscar la gobernatura de Oaxaca y, a la larga, la presidencia. La pesquisa de Fell en pos de sus objetivos lo lleva a documentar, con un fervor inédito hasta hoy, la simultánea edificación del proyecto y del político que lo defiende, las contradicciones de ambos, los matices que urgían para precisar el contorno de la empresa que, ya documentada, resulta más que titánica. Vasconcelos no solamente quiere educar al pueblo, sino modificarlo, alterar sus costumbres y su carácter, reciclar la naturaleza de sus aspiraciones, modificar sus valores, redefinir sus propósitos individuales y colectivos. El maestro ha decidido habilitar a su pueblo para "el trabajo que da el sustento" y también dotarlo de "la luz para el alma que ansía la gloria". Fell puntualiza en los dos primeros capítulos, con milimétrica metodología, la larga marcha que esa aspiración suscita y cómo se articula en todos y cada uno de los proyectos que echó a andar: desde la construcción de escuelas hasta el abanderamiento de los maestros misioneros, pasando por las escuelas rurales y el proyecto de la Universidad Nacional.

El capítulo tercero, "La política cultural de la SEP", procura responder varias interrogantes graves en su momento y vigentes todavía: "¿Cómo reducir el tremendo desequilibrio entre la *intelligentsia* [...] y la enorme masa inculca del pueblo mexicano?", y junto a ella esta otra: "¿existe una *cultura mexicana*?" (216). Las respuestas que Fell asedia en su trabajo colaboran a precisar ambos conflictos, a la vez que nos obligan a aventurar ciertos matices. Me parece que hay cierta propensión a interpretar el rechazo

de Caso y de Vasconcelos (y de casi todo el Ateneo, con la excepción, quizá, de Reyes) al positivismo oficial y estatólatra como *la única opción filosófica posible* en ese momento de la historia del país. La defensa del irracionalismo que esgrimió la generación, a mi parecer, no ha sido cabalmente estudiada y se tiende a justificarla muchas veces por mera simpatía hacia el movimiento revolucionario. El hecho es que el sustrato filosófico que subyace a los primeros años de la revolución es, gracias a Caso y a Vasconcelos, un sustrato *místico*. El **desmantelamiento** del positivismo, que era una tarea importante, y no sólo desde el punto de vista filosófico, ¿no se llevó a cabo, acaso, con cierto desdén o precipitación desde el punto de vista filosófico? Hubo pocas voces disidentes del concierto que cantó la muerte del comptismo, pero fueron voces a las que se podría prestar más atención. Si el desmantelamiento del positivismo era inherente al desmantelamiento de los cuadros en el poder y de la praxis política porfirista, lo que no se duda, quizá aún esté por emprenderse la crítica, en cambio, de la elección caso-vasconcelista del irracionalismo de Schopenhauer o de Bergson que algunos comentaristas, como Jorge Cuesta, consideran se hizo con cierta facilidad o precipitación en un momento en el que precisamente la crítica de la acción y de todo irracionalismo se antojaba pertinente para encauzar el esfuerzo revolucionario. En este sentido, me pregunto si no habrá cierta tolerancia por parte de Fell ante esa amplia zona de tiniebla que se genera constantemente alrededor del discurso vasconcelista y que suele pertrecharse, como insinué al principio de esta nota, detrás de términos recurrentes como *pasión* o como *ideal*, o de párrafos como este en el que Vasconcelos se refiere a su proyecto educativo: "hay que hacer que el espíritu acceda a esferas misteriosas, eternas y exaltantes, donde se funde en el absoluto que devora poco a poco a la materia..." Me pregunto si la vieja tradición de los sistemas liberales que se convierten en opresivos una vez trasladados al ámbito latinoamericano no se deberá en parte a la misma imprecisión o acriticismo con la que los filósofos asumen sus responsabilidades intelectuales y, en el caso de Vasconcelos —tan urgido de "acción"— además, de responsabilidades que se traducirán en políticas pragmáticas y en decisiones de estado. Lo que quiero decir es que cuando Vasconcelos decide, siguiendo a Plotino, por ejemplo, que el arte latinoamericano "debe desprenderse de las contingencias y abolir lo superficial, lo descriptivo, lo anecdótico, para confrontar al hombre consigo mismo y con la salvación de su alma", quizá no repara en que sus propias convicciones hubieran debido respetar una tradición histórica superior a ellas, antes de decidir su implementación verticalmente *a la manera positivista* de la que se considera adversario. Un desdén de este tipo por la tradición corre el riesgo de efectivamente convertirla, como dice Vasconcelos, en *lo mediocre del pasado*; enfrentada así a sus subjetivas

convicciones, la tradición para Vasconcelos es desplazada en su propio discurso, por una mera expectativa: "triumfo y esperanza, goce y eternidad", es decir, por un misticismo escatológico a futuro. Lo dijo ya Cuesta, al hablar de este hombre "dentro del que nada es lógico": *Todas sus concepciones están hechas de una substancia que penetra en el "más allá", y de la cual no toleran ser arrancadas* (Cuesta 261).

Creo que esta discusión debería considerarse también al analizar el fondo de las decisiones de tipo cultural que Vasconcelos impuso sobre el desarrollo de la cultura nacional en esos años. Y es que entre las sofisticaciones pitagóricas y las teorías animistas que lo movían por una parte y, por otra, el dictado de cuál iba a ser la política educativa y cultural del país, sólo hubo tres años y pico de presupuesto y poder.

La documentadísima y apasionante crónica de esos años (nunca antes se nos había desglosado como ahora el viaje a Sudamérica, el escándalo de Chile y las relaciones con Mariátegui, por ejemplo), en los que se emprenden actividades que en buena medida han servido para instalar un referente ya consagrado como singularmente mexicano del quehacer cultural (sobre todo en las artes plásticas), no deja de considerar algunos ingredientes interesantes que operaban en sentido contrario, si bien es imprecisa la medida en la que Fell está dispuesto a prestarle oído a esas oposiciones. Y es que no fueron pocas las decisiones que toma Vasconcelos, el mesías-funcionario, que parecen oponerse a las que hubiera tomado no sólo como hombre de ideas y lecturas, sino también como hombre puramente prudente. Decisiones como las de negar la pertinencia de la literatura mexicana decimonónica; de clausurar la rica tradición del teatro popular mexicano porfirista y revolucionario en aras de un teatro pretendidamente formativo; la de cancelar la tradición plástica mexicana anterior a la revolución en aras de la pintura mural; la de limitar la importación de libros extranjeros que le parecen "desechos literarios"; la de proponer con toda seriedad la elaboración de un "credo literario" como medio para reducir el abismo entre las élites y el pueblo; la de despreciar cualquier expresión literaria ajena a sus propias expectativas nacionalistas y moralizantes, todo esto merece un análisis que en no escasas instancias implica una crítica necesaria a un Vasconcelos demasiado (positivísticamente) dispuesto a considerar que el país había nacido con él y que, como él, *tiene más futuro que tradición*. Decisiones como la que hay detrás de un pregón que proclama que "el pueblo venera el arte libre y magnífico de los grandes altivos que no han conocido señor ni bajeza [...]; los otros, los cortesanos, no nos interesan a nosotros, los hijos del pueblo", eran decisiones altaneras de un hombre convencido de que él era el pueblo y de que, por tanto, sólo a él le competía decidir lo que el pueblo necesitaba. Y, como sostiene Fell, esto es importante porque estas decisiones

se convertían en razón de estado inmediatamente (como en la revista *El Maestro*, en cuya presentación Vasconcelos anunció que "no nos preguntaremos qué es lo que quieren las multitudes, sino qué es lo que más les conviene..."). Esta discusión queda fuera del propósito del estudio de Fell, pero basándose en él, sería menester localizar y estudiar las reacciones que comenzaron a darse sobre estos asuntos en los años posteriores a la titularidad de Vasconcelos en la SEP.

Y es en la literatura donde, efectivamente, como señala Fell, los cambios estilísticos y temáticos "fueron más modestos", sobre todo en comparación con las artes plásticas, quizá porque había una tradición que, a pesar de algunos exabruptos, poseía una congruencia interior y una tradición más fuerte que los dictados de las escatologías vasconcelistas.

Curioso que Vasconcelos se considerara un mal escritor. Fell realiza un exhaustivo recuento de las ideas vasconcelistas sobre el ser de la literatura y, desde luego, no tarda en ponerlas en contradicción con el proyecto que en las letras echó a andar el maestro, tanto hacia su propia vocación como hacia la del país. Sus ideas sobre una literatura edificante, clara, informativa, expresiva del verdadero ser nacional (*whatever that means*) contribuyeron a legitimar eventualmente una literatura demagógica y complaciente, eternamente referida a valores extraliterarios y utilitarios que poco aportaron a las letras pero mucho a la sociología de la cultura.

Hoy en día, cuando la simple exteriorización de frases como "el gran proyecto nacional" nos sumergen inmediatamente en el pánico, llama la atención la paradoja por la cual este hombre feroz e impulsivo, orgulloso e intolerante, sabio y oficioso, nos vuelve a visitar, ya no aureoleado por las luces de su mesianismo, sino bajo la modesta especie de la escritura. De una escritura que, fugitiva al fin de los grandes propósitos, contiene otro enigma que, quizá, vaya a resultar más duradero que las grandes construcciones ideológicas o políticas de Vasconcelos. Una escritura que logra filtrarse entre los recovecos de esos edificios continentales y estruendosos. Múltiple y evasivo como todo místico, el carácter de Vasconcelos es hoy menos inasible gracias al libro de Fell, léase como una crónica apasionante de esos tres años que modificaron para siempre al país, léase como una guía más hacia la rarísima médula de lo que configuraba a este hombre que, incapaz de vivir dentro del límite de su propia alma, tendía a inflamarse, como dice Cuesta, todo lo que estaba a su alrededor. En el centro de este voluminoso trabajo, radiografía y calendario, poblado de afanes, ideas y seres asombrosos (como Eulalia Guzmán, Lauro Caloca o Juana Gutiérrez de Mendoza), Fell ha conseguido fortalecer al hombre a fuerza de desplazar al mito con la historia. Y también ha preservado una situación a la que los mexicanos

tenemos derecho: la de que, como en la caricatura que le hizo Diego Rivera en su palacio de educación, Vasconcelos nos siga dando la espalda.

GUILLERMO SHERIDAN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

BIBLIOGRAFÍA CITADA

DOMÍNGUEZ, CHRISTOPHER. *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*. México: FCE, 1990.

CUESTA, JORGE. "Ulises criollo de José Vasconcelos." *Poemas y ensayos*. Vol. 3. México: UNAM, 1978.

FERNANDO CURIEL. *Cartas madrileñas. Homenaje a Alfonso Reyes*. Madrid: Asociación Cultural de la Amistad Hispano-Mexicana, 1989.

Esta pequeña publicación constituye uno de los numerosos homenajes que se hicieron en 1989 para conmemorar el centenario del natalicio de Alfonso Reyes (1889-1959). Con el fin de poner de relieve la importante etapa madrileña en la vida y obra alfonsina, el crítico mexicano Fernando Curiel presenta siete cartas firmadas por Reyes entre 1916 y 1923 y dirigidas a cuatro de sus más íntimos amigos: José Vasconcelos, Julio Torri, Martín Luis Guzmán y Pedro Henríquez Ureña.

En la primera parte (después de una nota de Manuel Andújar) Curiel traza un retrato vivo de la presencia de Reyes en la capital española a lo largo de diez años (1914-1924), periodo fundamental para entender la compleja personalidad del autor de *Cartones de Madrid*. En pocas páginas se ofrece una síntesis de lo que fue la vida de Reyes durante esa época; son años en que escribe mucho, sufre, entabla amistades duraderas, trabaja en el Centro de Estudios Históricos, convive con sus compatriotas Ángel Zárraga, Martín Luis Guzmán y Jesús T. Acevedo (quien muere en Idaho, no en Texas) y por fin vuelve a incorporarse al servicio diplomático de México.

La segunda parte consiste en una muestra del vasto material epistolar que se ha conservado de Alfonso Reyes. Los epistolarios de José Vasconcelos, Julio Torri y Pedro Henríquez Ureña ya son conocidos; el de Martín Luis Guzmán, editado por el mismo Curiel, aparecerá próximamente. Las escasas cartas que se reproducen iluminan desde varios ángulos la fascinante fase